

IRIS



S. Gil
99

水

ADMINISTRACIÓN
50, PLAZA DE TETUÁN, 50
BARCELONA



DIRECCIÓN Y REDACCIÓN
50, PLAZA DE TETUÁN, 50
BARCELONA

REVISTA SEMANAL ILUSTRADA

ANDALUCÍA

POR

MARTÍNEZ BARRIONUEVO

68 cuadernos, que forman 2 tomos, y encuadernada
con tapas especiales, 78'50 ptas.

EL LLANTO DE UNA HIJA

POR

ALVARO CARRILLO

63 cuadernos, que forman 2 tomos, 15'75 pesetas.
Encuadernada 18'75 pesetas.

LAS MUJERES DE CORAZON

POR

ALVARO CARRILLO

35 cuadernos, que forman 2 tomos, 17'50 pesetas.
Encuadernada, 20'50 pesetas.

REINAR DESPUÉS DE MORIR

POR

M. AMOR MEILÁN

Adornan la obra preciosas láminas.—65 cuadernos,
que forman 2 tomos, y encuadernada, 19'50 ptas.

LA FUERZA DEL DESTINO

POR

A. PEDROSO DE ARRIAZA

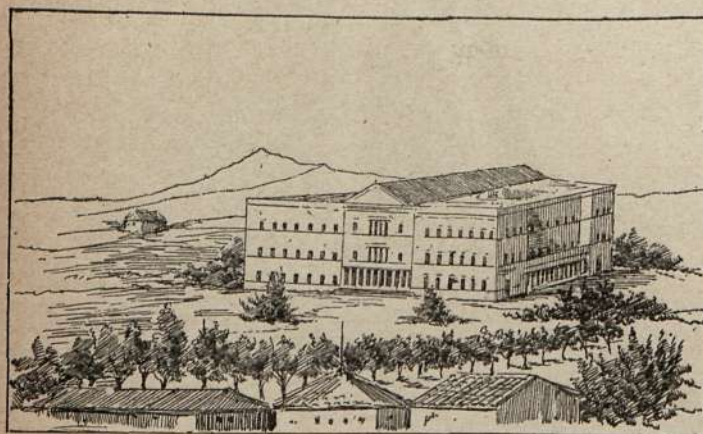
60 cuadernos, que forman 2 tomos, 15 pesetas.
Encuadernada, 18 pesetas.

GIL BLAS DE SANTILLANA

POR

M. LE SAGE

15 cuadernos, que forman un tomo, 7'50 pesetas.
Encuadernada, 10'50



VIAJE AL PAÍS DE LOS SABIOS

POR

D. JUAN LUCENA DE LOS RÍOS

La brillantez del estilo y la animación del relato hacen de este libro una obra que une al deleite de la lectura el fácil conocimiento de la ilustre nación cuyo saber y cuyas artes se han perpetuado en el actual mundo latino. Un tomo en tela, 7'50 pesetas.



LA NOVIA DE LUZBEL

I

A la salida del pueblo, al pie de una montaña, brotaba un manantial de agua dulce y cristalina. Esta era la fuente del lugar, á donde todas las vecinas iban á surtirse del precioso líquido diariamente. Allí, al amanecer y al anochecer, se reunían mozas y viejas. Y allí, mientras se llenaban los cántaros, se hablaba de lo que ocurría, y aun de lo que no ocurría, en la comarca.

Una tarde de primavera, á la hora del crepúsculo, habíanse juntado, en tan delicioso paraje, varias muchachas y una anciana. Ya habían pasado revista, al compás del borboteo del agua en los cántaros, á varios sucesos, no sin comentarios de murmuración y burla. Parecían agotados los temas de la charla, cuando, de pronto, una de las zagalas, la más talluda y más fea, dijo con sonrisa maliciosa:

—¿No sabéis que hay un noviazgo nuevo?

Todas las mujeres abrieron los ojos como puños, sorprendidas de la noticia.

Sólo la vieja se aventuró á replicar:

—No puede ser. A mí no se me escapa nada. Y ya hace tiempo que por aquí no ronda las ventanas ningún hombre.

—Es que el rondador es muy ladino,—repuso la que había hablado al principio.—Viene de noche y desaparece de día.

—Y ¿quién es la novia?—preguntó la más pequeña.

—María, *la Rubia*.

—¿La hija del campanero?

—La misma.

—Y ¿el novio?

—El novio es... ¡Luzbel!

—¡Ave María Purísima!—prorrumpieron á coro todas las mujeres.

Guardaron durante breve rato silencio. En aquellos cerebros femeninos debió de estallar una revolución de ideas que no tenían expresión inmediata. ¿Envidia? ¿Miedo? El amor, en la cabeza de la mujer, será siempre un enigma.

El agua seguía murmurando al entrar por la boca de los cántaros. Los pájaros revoloteaban hacia sus nidos, lanzando sus últimos cantos, como triste despedida al día. Las mariposas buscaban sus cobertizos nocturnos bajo las flores. Traía el viento, entre oleadas de perfumes, rumores lejanos. Sentíanse crujir las briznas de yerba seca al contacto de algún reptil ó de algún insecto. Ya las nubes mostraban la parte opuesta al sol bañada de sombra. Era, en fin, un momento de indefinible misterio.

—Habéis de saber,—continuó la denunciante de los amores de la hija del campanero,—que Luzbel, el novio de María *la Rubia*, no es el diablo.

—¿No?

—No. Pero es casi lo mismo. Es un bandido. Es un hombre muy malo.

—Y ¿cómo se habrá enamorado María de ese monstruo?—dijo la vieja en tono incrédulo.

—Pregúnteselo á ella. ¡Miradla! Ahí viene por agua.

—¡Oh! No. Vámonos. Huyamos. Esa chiquilla debe estar condenada.

Y todas la dejaron el sitio, volviendo por otros senderos, por no encontrarse con ella, y haciéndole desde lejos la cruz, como si fuera un ser que tuviera tratos con el infierno.

II

Era cierto, no obstante, todo lo que se había dicho de María. Era novia de Luzbel, de un bandido de un sujeto terrible.

Aquella noche, como las anteriores, se hallaban á la ventana; ella por dentro; él por fuera.

—Yo te amé,—le decía María,—porque te ví en la iglesia, aquella mañana, cuando bajé de la torre, después de tocar al alba. Mi padre estaba enfermo, y yo le había sustituido.

—Sí,—repuso Luzbel;—había entrado allí, huyendo de mis perseguidores. La iglesia me recordaba mi niñez pacífica. Estaba conmovido. Jamás hubiera salido de aquel retiro santo. Pero no había otro remedio... Te ví, y me enamoré como un loco. A riesgo de mi vida vengo á saludarte todas las noches.

—Cuando te miré arrodillado ante un altar, pensé que serías muy bueno. Luego he sabido por tí mismo tu horrible oficio. ¿Por qué no dejas esa vida de maldades? Así no podremos unirnos nunca, ni ser felices, ni...

—Sígueme.

María quedó asustada, perpleja ante esta exigencia. No contestó nada.

—¡Es que ya no me amas!—exclamó con pena el bandido.—Todas las mujeres sois iguales. No atendéis á la persona, sino á lo que es y significa. No os lleváis de vuestras inclinaciones, sino de vuestros cálculos. No consultáis á lo que os dicta el corazón, sino á lo que merezcáis de la opinión del mundo... Me viste, me amaste, por mi presencia, quizás, por mi traje, por mi aspecto. Imaginaste la ventura más



completa conmigo. Luego, cuando se trata de sacrificarte, cejas, y me abandonas, y me haces más desgraciado que antes, entregado á mi desesperación y á mi destino.

—No, no,—repitió María, ahogada por las lágrimas;—sigo amándote, más, si cabe. Pero, preveo que vamos á ser muy desgraciados. Es menester que nos olvidemos.

—¡Con qué facilidad hablas de olvido!—dijo Luzbel, arrebatado por la pasión.—¿Puedo yo ya olvidarte nunca? ¿Puedo yo ya olvidar esa cara de rosa, esos ojos de cielo, esos cabellos rubios, esa voz que se me mete dentro, hasta el alma, y me llena de estremecimientos de delirio y de ternura? ¿Sabes tú lo que eres para mí? Todo, todo, todo... Para los demás hombres, para los que siguen la marcha normal de la vida, una mujer es siempre algo hermoso, dulce, estimado. Pero, para mí, para este bandido, á que llaman Luzbel, sin duda porque me llamo Angel, y dicen que no soy del todo repugnante, soy un ángel, como aquel otro, caído, ejecutor de maldades; para mí, digo, eres tú lo único que me liga á esta miserable vida. Me falta todo lo que tienen los demás: honra, paz, libertad. Si tú me faltas, ya pueden cubrirme con tierra. Sin ti la sepultura.

María proseguía sollozando.

—Sí, sí. Te amo,—murmuró.

Luzbel sintió que una ola de ternura inundaba todo el pecho. Apoyó su frente sobre la reja, y rompió en llanto. Transcurrido un rato, sacó un pañuelo de seda rojo de su bolsillo y se enjugó los ojos.

—Ya sabes que no soy malo,—dijo, serenando la voz.—Ya sabes por qué soy bandido. Maté á un hombre que insultó á mi madre. Era él poderoso, y la justicia hubiera caído sobre mi implacable. Después... después no sé si he matado. No he hecho más que defenderme. He robado, es cierto. Pero ¡jamás al pobre! ¿Cuántos señores no hay que le roban sin peligro, con apoyo de la ley, y están considerados como gente honrada? En fin, si me entrego, si espío mi delito, te pierdo. No me entregaré; robaré hasta ser millonario; te llevaré al fin del mundo; te querré más que...

Oyóse á no larga distancia un ladrido que cortó á Luzbel el aliento.

—¿Qué es eso?—dijo María, sobresaltada.

—Es mi perro que me anuncia que llega la Guardia Civil. Le tengo enseñado. Con un ladrido especial me la señala... Ahora, ¡a caballo!... Adiós, alma mía.

—Adiós, Angel. Dios te encamine.

—Mira, toma,—la dijo, dándole el pañuelo rojo con que se había enjugado el llanto.—Consérvalo como recuerdo. Está mojado con mis lágrimas. Ya hacía tiempo que yo no había llorado.

Y, montando en su caballo, que tenía al lado, partió á galope.

III

No escapó esta vez. Entre las espesas tinieblas de la noche, tropezó su caballo, y él cayó al suelo, apresándole sus perseguidores.

Procesado y juzgado, fué sentenciado á muerte.

No era la muerte, á la que nunca había temido, lo que más le afligía en los últimos días de su vida. Lo que cubría de infinita tristeza su alma era la ausencia, y, más que la ausencia, el olvido de María. Ni ella, ni una carta, ni un recado, ni nada había recibido de la mujer adorada, en momentos en que una sola palabra de amor hubiera sido para aquel desgraciado un consuelo inmenso. Pero hay seres, para quienes siempre tiene preparada una gota más la amargura. El bandido saboreó en tan supremos instantes todas las hieles que almacena el destino para el hombre desdichado.

Llegó la fatal hora. Subió al patíbulo. Le exhortaron al rezo. Le sentaron en el banquillo de la horca.

Apenas Luzbel se daba cuenta de lo que hacía. Toda su atención estaba fija en la muchedumbre que le rodeaba apiñada y clamoreante. Aun le quedaba al bandido una esperanza.

—¿Vendrá ella á verme?—pensaba.—¿Me enviará á alguien?

Y tendía su mirada ansiosa sobre la multitud, sin descubrir amigo ni conocido.

De pronto, vió ondear en el aire un pañuelo rojo. Lo reconoció. ¡Era el suyo! Trafalo en la mano un campesino, que acababa de llegar, montado en un jaco. Venía abriéndose paso entre la gente. Cuando estuvo cerca de la horca, dirigió la palabra al bandido.

—¡Angel!—gritó.—Vengo de parte de la pobre María.

—Comprendo,—dijo Luzbel irónicamente.—Eres su nuevo novio, y te ha dado mi pañuelo.

—No: me lo ha dado para que me reconozcas. María me envía para darte su último adiós.

—¡Es una ingrata!

—Te equivocas. Cuando supo tu desgracia, cuando te prendieron, cayó enferma. Cuando ha sabido que hoy te matan... se ha envenenado. A estas horas habrá muerto.

—¡Oh!—rugió Luzbel, loco de alegría, dirigiéndose al verdugo.—¡Vamos! Despacha pronto que me voy con mi novia.



JOSÉ DE SILES



HIGH LIFE

Manolita.—No hay cosa que me ataque más los nervios que oír cantar con acompañamiento de piano.

Carmencita.—Ni á mí; esto es tomarnos el pelo. Se nos invita á bailar, y, en efecto... *Musica vóibita.* ¡Vaya una lacha!

Rosario.—¡Sí á lo menos cantase alguna jota de buten!

Rodolfo.—¿Le gusta á usted la jota, Rosario?

Rosario.—Después de una larga del *Guerrita* ó de una *estocá* de D. Luis, es lo que me hace más tilin. ¿Y á usted?

Rodolfo.—Prefiero el *Encantamiento del fuego* de la *Walkiria*.

Carmencita.—Pero ¡Rodolfo! ¿Es usted capaz de aguantar aquella lata?

Rodolfo.—Permítame usted que proteste en nombre del Arte; no es ninguna lata, sino una maravilla de inspiración y de genio.

Manolita.—Pues que le haga á usted buen provecho. Seré todo lo *lipendi* que usted quiera, mas para mí, no hay música como la de López Silva. ¡Ole ya!

Rodolfo.—Señorita, López Silva no es músico, sino literato, autor de zarzuelas...

Manolita.—Es igual; quiero decir aquello de *Diga usted al señor alcalde*...

Rodolfo.—Es música de Fernández Caballero.

Carmencita.—Parece que ya acaba... ¡Aaagua!...

Rosario.—¡Qué sosera! ¡De órdago!

Manolita.—Veremos si por fin bailamos. ¿Le gusta á usted bailar, Rodolfo?

Rodolfo.—¡Con delirio! El vals, si es de Wagner. Me gustaría, por ejemplo, bailar con usted el *Vals de los aprendices*.

Carmencita.—No sea usted patoso, Rodolfo. Si bailan ha de ser una habanera... y nos la bailaremos los dos.

Rodolfo.—Con mucho gusto; á mí me agrada todo con tal que sea extranjero.

RITSCH



J. Rocabert: ¿ME SIENTA BIEN?



Las fiestas siempre son cosa agradable, lo cual no deja de ser una perogrullada como cualquiera otra; pero (este pero no va contra la observación, sino contra la afirmación al principio sentada) las fiestas ciclistas han resultado á veces, por multitud de causas que no es del caso enumerar, unas latas de padre y muy señor mío ó de bicicletas y tandems muy de los otros. Consigno, pues, con verdadera satisfacción, que no puede considerarse como envase para conservar la *floralia ciclista* (así parece que la bautizaron los papás de la criatura) celebrada el último domingo por la tarde en el hermoso palacio de Bellas Artes de nuestra condal ciudad.

Todo fué bello en la susodicha fiesta. Eranlo las siete señoritas que la presidían, D.^a María Gertrudis Quiroga y Vázquez Queipo, D.^a María Romeu Freixas, D.^a María Luisa Güell y López, D.^a Dorotea Böny de Nadal, D.^a Josefina Juliá y

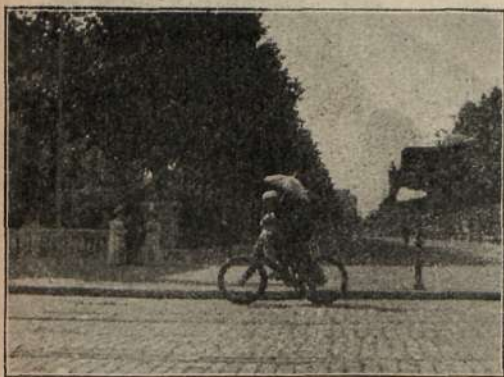
Vilar, D.^a María Nicolau Molet y D.^a Mercedes de Nadal Ferrer; lo eran la casi totalidad de las concurrentes, capaces de vencer las prevenciones del solterón más empedernido; lo fueron el tiempo, las piezas que en el concierto se ejecutaron, el adorno de algunas de las bicicletas y, sobre todo, el fin que se proponían los organizadores de la fiesta, ya que consistía en el ejercicio de la más sublime de las virtudes: la caridad, pues dábse aquélla á beneficio del Asilo Cuna del Niño Jesús.

Hasta los hombres estábamos menos feos que de ordinario, y como entre las guerras y los disgustos vamos quedando pocos, más de uno y aun de dos, fué acogido por el bello sexo con murmullos de aprobación mal reprimidos y arrancados por la simpática caída de ojos del interesado ó por el irreprocha-

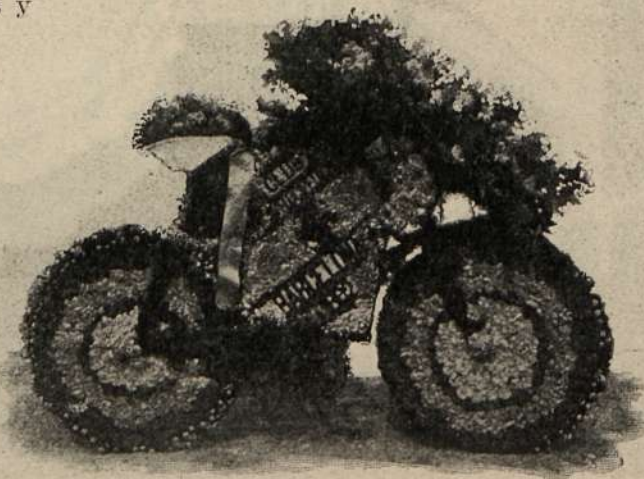


D. HERMAN HEGENHEIMER, PRIMER PREMIO

ción mal reprimidos y arrancados por la simpática caída de ojos del interesado ó por el irreprocha-



BICICLETA-SOMBRILLA



BICICLETA DEL CLUB VELOCIPEDISTA

ble corte de su levita. El Jurado para la adjudicación de premios estaba formado por los Sres. D. Francisco Soler y Roviro, D. L. J. Pellicer, D. Luis Labarta, D. Buenaventura Pollés y D. Ramón Oliva, todos también, sino hermosos, inteligentes, lo cual constituye la hermosura del sexo fuerte. Por unanimidad tomaron el acuerdo de otorgar las recompensas en la siguiente forma:

Premio 1.º «Reloj», ofrecido por la Junta administrativa del Asilo beneficiado: Sr. D. Herman Hegenheimer; 2.º, «Dos jarrones fayence», ofrecido por la misma Junta: Sr. Maristany; 3.º, «Objeto de arte», ofrecido por el señor conde de Caspe: D. R. Juliá. 4.º, «Juego de té», ofrecido por el señor gobernador: D. Lorenzo Pardos; 5.º, «Juego de fumador», ofrecido por D. Ignacio Seguí, director de la revista *La Bicicleta*, de Palma de Mallorca: D. Joaquín Torres; 6.º, «Una escribanía de bronce», ofrecida por D. Gabriel Cuspinera: Sr. Bager; 7.º, 8.º, 9.º 10.º y 11.º, Desiertos por falta de corredores, como otros tantos Saharas; 12.º, «Cien pesetas», ofrecidas por los Sres. Conde, Puerto y C.ª de *El Siglo*: D. José



LAS SEÑORITAS PRESIDENTAS DE LA FLORALIA CICLISTA

Ballbé; 13.º, «Cincuenta pesetas», ofrecidas por el Ayuntamiento: D. P. Paytubí; 14.º, «Objeto de arte», ofrecido por el *Bazar de la Enseñanza*: D. Mario Arnel; 15.º, «Medallón de bronce», ofrecido por D. G. Cuspinera: D. Jaime Camps; 16.º, «Dos cuadros de bronce», ofrecidos por D. Francisco Aurigemma: don Antonio Bonet; 17.º, «Jarrón estilo alemán», ofrecido por los Sres. Comas, hermanos: D. Federico Rodríguez; 18.º, «Un farol acetileno y remontoir con relojera», ofrecido por la sucursal de la casa *Phebus*: don Enrique Morera; 19.º «Un par de gemelos adamasquinados», ofrecidos por la casa *Beristain*: D. Luis Call; 20.º, «Objeto de arte», ofrecido por los Sres. Velten y Puig: D. Luis Reig; 21.º, «Objeto artístico», ofrecido por D. Claudio Miró: D. Benito Soler.

La concurrencia de público a la fiesta fué muy numerosa; no así la de ciclistas, lo cual es censurable, pues el *sport* del pedal cuenta en Barcelona con un importante núcleo de adeptos y merecía la pena de que todos ó casi todos hubiesen asistido al palacio de Bellas Artes, primero, por el fin benéfico de la fiesta y luego para que no se pudiera suponer que su abstención obedecía á rivalidades y rencillas impropias de hombres ó á que muchos de los aficionados á tan activo ejercicio se dejaron, no obstante, dominar por la apatía y la pereza que nos son habituales y que, por lo visto, ni aun tratándose de divertirnos, sabemos desterrar.

EDUARDO BLASCO



EN LA TABERNA

¿Qué tienen Juan el *Moreno*
y Antoñico el *Calicata*
que ya no juegan al dómino
ni á los bolos ni á las cartas
y si en la calle se encuentran
ni se miran ni se hablan?
Una tarde el *Campechano*
conocer quiso las causas
de aquel estado de cosas;
era una tarde que estaba
Antoñico en la taberna
del *Ecijano* de charla
con dos *chatos* de Montilla.
La taberna por lo larga
y por lo estrecha es un tunel
y por lo sucia una cuadra,
con el techo decorado
por enormes telarañas,
renegridas las paredes,
todas las mesas lisiadas,
y del túnel en el fondo
apenas si se destaca
el mostrador donde lucen
las más sabrosas viandas,
de Escocia el *jamon* más rico,
aceitunas sevillanas
y ensaladillas de anchoas,
y boquerones de Málaga.
Poca gente en la taberna
había cuando su entrada
hizo en ella el *Campechano*
echado sobre la cara
el sombrero, airosamente
arrebujado en la capa
y andando como por música
y al hallar al *Calicata*
llegóse lento á su mesa

y le dijo:

—Tenía ganas
de echarte la vista encima
y de hacer en tu compañía
un trasiego.

—Pues andando
que para ti gloria santa
tengó'yo.

—Dios te lo pague
que eres la flor y la nata
y la espuma de los hombres.
Y cuando ya la garganta
hubo más que humedecido
broma toma, bromada,
empezó á tentar el vado,
pero Antonio una mirada
con más punta que un florete
y más filo que una daga
clavó en su amigo diciéndole
con voz temblorosa:

—Basta,
basta ya de hacer primores
que hay cosas que no se cantan;
deja ya la mula quieta
y no le *jurques* las nalgas,
que respinga.

El *Campechano*
quedóse como una estatua
y después

—Pues punto,—dijo,—
pero la verdad es lástima
que dos mozos tan cabaes,
los más mejores de España
se miren como se miran
ustedes.

—¡Cosas que pasan!
mas deja el chambel ya quieto
que se va enturbiando el agua,
que cuando hablo de esas cosas
se me seca la garganta
y me alargo de estatura.

—Ya callé si tú lo mandas
però yo, Antonio, te juro
por los ojos de mi cara
que duele y tira *bocaos*
que por custiones de faldas
se disputen dós amigos
como eran ustedes.

—Vaya
cierra el pico, tú no sabes
Campechano lo que pasa
y si yo te lo contase...
¡Vamos hombre!

—Vamos habla
que me tienes en capilla
y cualquiera una hora mala
la tiene y cosas *mu* grandes
cuando se rompen se apañan;
los navíos se carenan
y las torres se apuntalan
y para un roto un *zurcio*
y para un tiesto una laña.
—Sí, pero también hay cosas
que es lo mejor no tocarlas.
—Pues el *Moreno* te estima,
y cómo te estima, anda
desazonado y le saben
mal las guindas.

—Mal se casan
con las perritas acciones
del *Moreno* tus palabras.
—¿Perritas?

—¡Más que perritas!
Suponte tú que tú guardas
en el rincón más *rejondo*
de lo *rejondo* del alma,
la sombra que te cobija,
el jilguero que te canta
y la flor que te perfuma
y la mano que te halaga,
la que es en fin tu consuelo
y tu pañito de lágrimas;
suponte tú todo eso
y después que una mañana
á uno, tu amigo más íntimo,
el que contigo trabaja
y contigo se divierte
y contigo muere ó mata,
á uno que es casi tu hermano,
le dejas libre la entrada



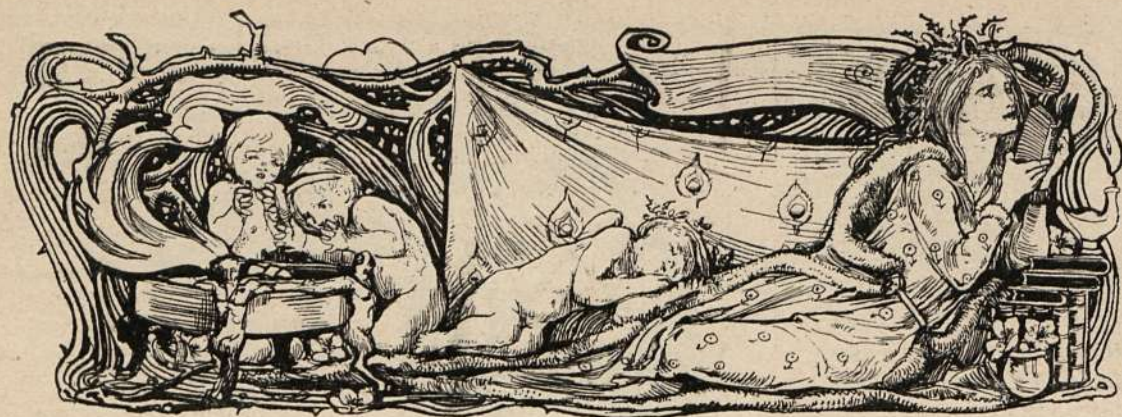
de la cueva donde tienes
la rosa que te *embarsama*
y él al mirar tu tesoro
se le quemán las pestañas
y se *orvía* de quien eres
y pillándote de espalda
te quiere quitar lo tuyo
la sangre de tus entrañas,
tu *gachi*, pongo por caso.
—Mira, mira, *Calicata*,
ni en broma, solo al oírte
no se como la navaja,
se ha abierto sola. Al que hace
esas cosas se le mata,
se le da fierro de punta
tan y mientras quede faca
en la mano y ya no hablemos,
ya está la cosa más clara
que el mismo sol que reluce,
y si por mi lado pasa
ese Judas Iscariote
yo te juro que se aparta
de mí vera ó que le pongo
los *datiles* en la cara.
—¿Para que vas tú á meterte
en eso con una estampa,
si yo casi de rodillas
le pedí que peleara?
Mas como si se lo hubiera
pedido á un cromo de casa
de Bayetini; no quiso
chocar el *jierro* y la rabia
me tiene el corazón lleno,
de escorpiones y tarántulas.
—Y ¿quién te dió la noticia
de ese *chapú*?

—Una gitana
que hace unos días me dijo
la buenaventura.

—¡Basta!
por ti y por ella esta copa
y un botaco.

—Muchas gracias.
Y ya la copa bebida
pidieron una baraja
para olvidar en el juego
las mil cositas amargas
que nos da á beber la vida
no en copas, sino en tinajas.

ARTURO REYES



TEATRO DE TEATRO

La ventaja de Ibsen,—he pensado alguna vez,—es que por no haber en su país arraigada tradición teatral, ha podido llevar al teatro, no un extracto de éste, sino la vida misma. Su dramaturgia es dramaturgia directa, de primer grado, y no condensación, más ó menos feliz, de anteriores dramaturgias.

En un tiempo se habló mucho del *roman romanesque*, de la novela novelesca, y aunque no se habla de ello cuando se combaten los teatros llamados de tesis, simbólico ó de ideas, es que se defiende al teatro de teatro, al que se desarrolla en el cerrado recinto de los escenarios, fuera del aire de la vida libre.

Leyendo novelas es difícil que se forme un buen novelista y tan difícil que se haga un dramaturgo, leyendo y estudiando dramas. Es como educarse para pintor copiando y estudiando cuadros de un museo, sin salir á llenar la vista con cuadros vivos, al aire libre. Así sólo se hacen cromos, y tan sólo cromos dramáticos son aquellas obras teatrales con que se busca el aplauso del público, no el alto deleite del pueblo y su edificación estética.

La vista del público suele estar tan pervertida por la pintura de cromo, que rechaza un paisaje arrancado á la realidad en una hora dada. El que tiene costumbre de ver un paisaje lo ha visto miles de veces, en día nublado y en sereno, al amanecer y al mediodía y á la caída del sol, en primavera, en estío, en otoño y en invierno, y de estas diversas imágenes se ha formado una resultante, la imagen media del paisaje en cuestión, imagen, en realidad, abstracta, fría, mediata, amortiguada. A tal imagen, corresponden los paisajes pintados de memoria. Pero si alguien sorprende al paisaje en un momento dado, chocará esta impresión directa y fresca á todos los que en vez de impresiones fugitivas y directas cristalizadas en su fantasía, llevan representaciones de segundo grado, esquemas de realidad.

Lo mismo sucede con los retratos. Lo que el vulgo llama parecido,—oponiéndolo no pocas veces á la expresión,—suele ser la revelación de lo estático y difuso del individuo, la abstracción de su fisonomía. A ella responde el aire imbécil que toman cuantos acuden endomingados á plantarse ante una cámara fotográfica.

Esto mismo sucede con la fisonomía moral de los personajes de teatro. Hay para ellos un patrón, que el teatro mismo ha dado, y el público suele llamar inverosímiles á todas aquellas figuras teatrales que no se mueven y producen en el escenario como las tradicionales en él suelen moverse y producirse. Sucede como con los actores, que formándose en el teatro, hijos de actores de ordinario, hacen el rey ó el galán ó el traidor de teatro sin haber visto en la vida reyes, ni galanes ni traidores. Ciertamente es que suele infiltrarse en el teatro la vida, pero es muy lentamente, teniendo que adaptarse al tradicional artificio. Un grito de dolor verdadero desentonaría en tablas.

Entre las fórmulas insignificativas que en el teatro suelen oírse al público, la que menos significa es esta: ¡eso es inverosímil! Como el parecido ramplón de los retratos sin alma, piden al héroe del drama una lógica que la vida rechaza. La que, en realidad, nos suceda á menudo no comprender la con-

ducta del amigo á quien mejor creamos conocer, queremos poder reducir á nuestra menguada lógica la conducta del personaje teatral. —¡Eso es inverosímil!,—quiere decir: yo en ese caso, creo que no hubiera obrado así, y no tolero que se salga otro de mi medida.

—¡Eso es inverosímil!—Tal suele ser el grito de guerra de las almas vulgares. Quieren que la conducta del héroe esté á su alcance, rebajada á su lógica; quieren darse el gustazo de poder decir en su interior: te conozco, tú eres uno de tantos... uno como yo... soy tan héroe como tú.

¡Todo es inverosímil! Tal debe ser nuestro lema. ¡Todo es inverosímil! Con que un estado de ánimo haya podido producirse una sola vez en un sólo hombre en el mundo cabe en el teatro, y es tanto más grande cuanto más único es. No han de reservarse las tablas á la glorificación de la mal disfrazada vulgaridad de carácter, á esa vulgaridad que campea en las comedias de costumbres.

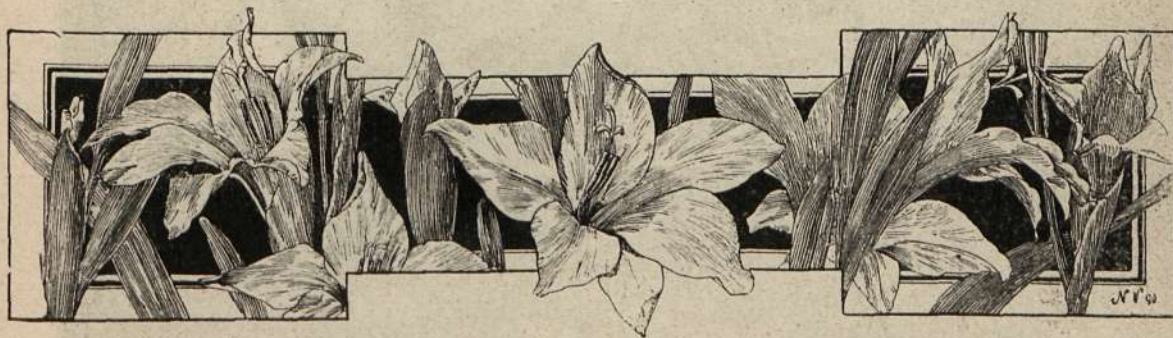
Ahora han dado en decir que el teatro de ideas no es para nuestro pueblo, y en oponerle el de sentimientos. ¡Como si el sentimiento pudiese exteriorizarse de otro modo que por ideas! Lo que hay es que gran parte de nuestro público,—no digo de nuestro pueblo, que es otra cosa,—repugna los que llamaría sentimientos intelectuales, porque ni siente la inteligencia ni entiende el sentimiento. No tiene más que instintos.

No es el teatro de ideas lo que nuestro público rechaza, sino el de ciertas ideas, que le hacen daño. Drama de ideas, y bien de ideas, era *La Vida es Sueño*, y es fácil que hoy, á no precederle fama, hiciera dormir á los más de los que en España sueñan su vida resistiéndose á despertar el alma dormida y á avivar el seso. Drama de ideas, y bien de ideas, es *El condenado por desconfiado*, como que al final de él confiesa Tirso haberlo sacado de un tratado de Teología, y creo que no lo resistiría el público de este país, que dicen es tan religioso.

Y ¿cabe acaso teatro más de ideas que el de nuestros clásicos autos sacramentales? ¡Aquél sí que era teatro de ideas, en el peor sentido que se puede dar á esta denominación, de ideas descarnadas y abstractas! No hay simbolismo teatral, por desenfrenado que sea, que llegue al de los autos sacramentales. Como que ni llegan á símbolos, quedándose en alegorías y en alegorías extremadamente esquemáticas. No se diga, pues, que eso repugna á nuestro pueblo.

El teatro de ideas tiene tradición, y por cierto muy gloriosa, en España. Por esto es de desear que se luche y combata por introducir aquí el teatro extranjero de ideas, el noruego, verbigracia, no para que se naturalice entre nosotros precisamente, sino para que despierte fondos de nuestra tradición dramática dormidos hoy en la inconciencia. Cuando el pueblo castellano era religioso á su manera, entendió y gustó los dramas citados y otros análogos; hoy, que su religiosidad si no ha muerto, duerme marmotescamente en la más chinesca rutina litúrgica, los rechazaría, pidiendo divertidas comedias de costumbres ó dramas de superficiales conflictos, de *problemas*. Si aún queda en nuestro pueblo algo de aquel alma robusta que produjo el *Quijote*, *La Vida es Sueño* y las obras de San Juan de la Cruz, sólo despertará en el teatro bajo la sacudida que reciba de las producciones profundas y directas, arrancadas á las entrañas de la vida, de genios que, como Ibsen, han brotado en un pueblo que pasó el sarrampión religioso de la Reforma. Si no se llega á entender y sentir aquí *Brand*, aderezado de una manera ó de otra, es que ha muerto la inspiración de *La Vida es Sueño*. Y entonces seguiremos condenados á teatro de teatro.

MIGUEL DE UNAMUNO





LA FUENTE



EL 111

Mi amigo Juan es un soñador que tiene la triste manía de la honradez á carta cabal; siempre anda en busca de perfecciones imposibles. Enamorado locamente de la hija de un banquero, y correspondido con profunda pa-

sión, antes de pedir la mano de su bellísima adorada estavo haciendo averiguaciones inquisitoriales por espacio de seis meses, hasta que se convenció de que el banquero y toda su familia eran honrados, leales, generosos, personas decentes, sin flaco ni lunar de ninguna clase. Pidió la mano de la niña, le fué concedida. Tres días antes del señalado para el matrimonio vino á verme dando muestras de singular preocupación.

—¿Qué te ocurre?—le pregunté.

—Ya sabes que sueño con frecuencia,—me respondió;—sabes también que casi todos mis sueños se confirman tarde ó temprano: anoche tuve uno de los más horribles: me ví convertido en bola de billar, luego en bola de betún, y después en bola de lotería.

—Cuéntame eso: me distraerás un rato.

—No creo que vayas á divertirme con mis amarguras. Óyeme atento: el caso es grave.

—Te escucho con la mayor atención.

—Serían las tres de la madrugada: una mano colosal me sacó del lecho, suspendiéndome en el espacio; quise hablar: no pude; sentí que me doblaban, me retorcían, me amasaban, hasta convertirme en cuerpo esférico; después me sentí comprimido, endurecido, pulido, hasta quedar hecho bola de billar con el número 1. Me dejaron caer sobre una mesa de seis troneras, me empujaron con la punta de un taco, tropecé con otra bola, tomé tres bandas, hice *la real* y gané cinco duros. Inmediatamente quedé transformado en bola de betún: serví para limpiar 19 pares de botas, me caí, me quebré, volvieron á amasarme, y resulté bola de lotería, dentro del bombo, con el número 425. Mi bombo era el de la Lotería Nacional: antes de reponerme del susto del choque, empezó el bombo á dar vueltas y á escupir bolas. Oíanse claramente las atipladas voces de los chiquillos que cantaban los números y los premios. En los breves intervalos de reposo, pude escuchar lo que decían algunas de mis compañeras:

—¡Aquí hay un calor de todos los diablos!

—¡Qué sofocación!

—Ya tengo ganas de tomar el aire.

—Bien podían dar las vueltas con un poco de miramiento.

—Me han dado quince coscorrones en dos minutos.

—Lo que importa es salir. ¡Aquí nos ahogamos!

Todas se apiñaban en torno del agujero de salida, pugnando por conseguir el primer lugar; cada vuelta del bombo destruía muchas ilusiones, arrancaba numerosas protestas.

Una voz que sólo podía ser oída por mí, dijo misteriosamente:

—Oye, tú, número 425, procura arrimarte bien á la puerta y salir cuando vayan á cantar el premio mayor, porque el billete de tu número lo tiene una familia honrada, víctima de un miserable que le arrebató su caudal: se trata de ocho huérfanos, sin más amparo que tú; han hecho el último esfuerzo para comprar todo el billete; si no sales, están perdidos.

¿Cómo era posible desatender el generoso llamamiento? Empujé con toda mi alma á las que me cerraban el paso, diciendo á gritos:

—¡Necesito salir! ¡Dejadme!

Las bolas que estaban en primera fila se revolvieron, exclamando:

—¡Atrás! ¡Fuera la que empuja!

—¡Fuera!

—¡Dejadme!—repetí.—¡Soy el 425, y quiero salvar á una familia desgraciada!

—¡Yo tengo más derecho que tú!—prorrumpió el 1,090.—Mi billete se ha repartido entre quince pobres jornaleros.

—¡Alto allá!—dijo el 41.—Mi billete lo ha tomado una casa de beneficencia.

—¡No vale empujar!—gritó el 111.—Aquí no hay más títulos que la suerte: dejémonos de sensiblerías; mi billete lo tiene un rico, que además de rico es ladrón, envenenador y falsario; para enriquecerse, arrebató el caudal á ocho huérfanos, enmendó un testamento y envenenó á cuatro personas. Pero ¿qué tengo yo que ver con el amo de mi billete? Lo que me importa es salir afuera: ¡no cedo mi lugar á nadie!

Muchas bolas protestaron indignadas, se armó espantoso escándalo, y hasta hubo mientes como el puño y puño como el mientes. La disputa fué cortada de golpe por una vuelta del bombo. Abrióse, al fin, el agujero, salió una bola, y oímos gritar á los muchachos:

—¡El 111!

—¡Tres millones!

Reinó silencio sepulcral dentro del bombo. Todas las bolas se quedaron heladas. Yo... perdí el sentido, y desperté bruscamente, lleno de terror.

—Bueno: ¿y qué?

—¿Qué? Que el número 111, el número del ladrón, envenenador y falsario, ¡lo tiene mi futuro suegro! ¡Está abonado á él desde el año 75!

—¡Caramba!

—Ya sabes que debo tener fe en todo lo que sueño. No me es posible despreciar este aviso de la Providencia. Te pido un señalado favor.

—¿Cuál?

—Que vayas á decir á mi futuro suegro lo que yo no le diría jamás cara á cara.

—¿Qué?

—Que es un infame, un miserable, un villano, un canalla, un asesino y un verdugo.

—¿Nada más?

—Nada más. ¿Te parece poco?

—No: me parece demasiado. Si tu suegro envenenó á cuatro personas que no le habían hecho nada, considera lo que tardará en escabecer al que le suelte las injurias que tú le dedicas.

—Dices bien: lo mejor será que sólo le digas una cosa.

—¿Qué?

—Que ya no me caso.

—Concedido; pero á cambio de otro favor.

—¿Cuál?

—Que antes de ir yo con tu embajada, y puesto que aun faltan veinticuatro horas para el sorteo de Navidad, vayas hoy á ver á tu suegro y le ruegues que me venda un decimio del 111. Por si acaso sale.

NEMO





1. ¡Qué traje tan re...bonito te han puesto!



2. Pero te falta algo. Yo te lo pondré. ¿Quieres? Espera: voy por el tintero.



3. Ahora te pinto un bigote. ¡Y que bien te está!



4. Te planto este gorro...



5. Que te está muy mono y vamos á que te vea mamá.



6. Te presento al embajador de la China.

REPITORIA

Varios amigos hablan de la forma física y cada uno elogia la suya.

—Yo levanto cien kilos con una mano.

—Yo derribo una puerta con un hombro.

—Yo, — dice un desconocido, — paro un tren con una mano.

—¿Es usted el Padre Eterno?

—No, señor; soy... maquinista.

Fox, el gran político inglés, había tomado á préstamo sumas inmensas á varios usureros judíos, asegurándoles que en cuanto heredase á un tío suyo se lo pagaría todo. Pero el tío se casó y tuvo un hijo, y decía Fox:

—Ese niño es el Mesías. Ha nacido para la destrucción de los judíos.

Un solterón adelantaba cada día la hora de comer, hasta que le dijo la cocinera:

—Señorito, si continúa usted así acabará por comer el día antes.

Al retirarse á su casa un borracho, pasó por una calle donde unos chicos habían prendido fuego á la paja de un jergón, y, lejos de desviarse, se abrasó los pies, cayendo á pocos pasos.

Otros dos borrachos que caminaban detrás de él se detuvieron, diciendo el uno al otro:

—Ese compañero está con el *oidium*.

—¿Por qué?

—Porque esa enfermedad ataca á las plantas, y él tiene destrozadas las de los pies.

Cenón, filósofo, viendo un mancebo muy parlero, le dijo:

—Hijo, has de saber que la naturaleza nos ha dado dos ojos, dos orejas y una sola boca; para que veamos mucho, oigamos más y hablemos menos.

Solución del problema núm. 3

—=—

D 4 A R C 5

D 4 C echec y mate

P 5 D

D 4 D echec y mate

P 5 C

D 8 A echec y mate

EL PÁJARO Y EL CEPO

Quedó el pájaro aprisionado en la férrea mandíbula, y dijo al cepo:

—¿Qué te hice yo, pobre de mí? ¿Por qué me ahogas?

El cepo respondió:

—Yo no lo sé, ni sé tampoco que te ahogo. Tengo un muelle que me empuja y me obliga á estrujarte: es lo único que sé.

Y replicó el pájaro:

—Pero, ¿me haces mal por necesidad? ¿Quizá por comer?

—No: yo no como. El que me puso aquí es el que come, aunque no te necesita para comer.

—¿Pues para qué me quiere?

—Para divertirse contigo, para hacerte saltar, para martirizarte, para sacarte los ojos.

—¿Qué horror! ¿Cómo se llama ese verdugo?

—El rey de la Creación.

—¡Ah! ¡Es un hombre!

—¡No! Es un niño: un ángel, según dice su madre: un encanto, según dice todo el mundo.

NEMO

LAS PALOMAS

Allá abajo, en la colina que los sepulcros esmalta, su cima como un penacho bella palmera levanta, y en la tarde las palomas, desde remota distancia, llegan á posar el vuelo y á abrigarse entre las ramas.

Más, con la aurora, una á una de su follaje se escapan, como un rosario de perlas que de pronto se desata; por el aire azul se esparcen y se las ve todas blancas, ir á detener el vuelo en las techumbres lejanas.

Mi alma es el árbol sombrío á donde en la tarde baja, desde lo alto del cielo, tropel de visiones cándidas; mas, volubles como ellas, batiendo las leves alas, huyen en rápido vuelo al primer rayo del alba.

T. G.

CHARADA

Si no quieres que *tres dos tres*, *prima segunda tercera* ese *todo*, que cualquiera muy fácil lo puede hacer.

N. A.

JEROGLÍFICO COMPRIMIDO

ARA

Las soluciones en el próximo número.

SOLUCIONES

á los pasatiempos del número anterior

Charada.—Olvidado.
Jeroglífico comprimido. — Elegante.

MARTIRIO DE UN ALMA

POR

ALVARO CARRILLO

25 cuadernos, que forman 2 tomos, 12'50 ptas.
Encuadrada, 15'50 ptas.

EL PRIMER AMOR

POR

ALVARO CARRILLO

33 cuadernos, que forman 2 tomos, 16'50 pesetas.
Encuadrada, 19'50 pesetas.

SOLEDAD Ó BIEN PERDIDO

POR

LUIS PACHECO

25 cuadernos, que forman 2 tomos, 12'50 pesetas.
Encuadrada, 15'50 pesetas.

BRAZO DE HIERRO

POR

✻ EDUARDO BLASCO ✻

30 cuadernos, que forman 2 tomos, 15 ptas.
Encuadrada, 18 ptas.

LA MUJER MÁRTIR

POR

D. GONZALO DE LA SELVA

30 cuadernos, que forman 2 tomos, 15 ptas.
Encuadrada, 15'50 ptas.

MISTERIOS DE LA HABANA

POR

✻ A. PEDROSO DE ARRIAZA ✻

80 cuadernos, que forman 2 tomos, 20 pesetas.
Encuadrada, 23 ptas.



CUENTOS

LARGOS Y CORTOS

ORIGINALES

DE LOS

MEJORES AUTORES MODERNOS

Un tomo encuadrado en tela,
5 pesetas.

RESERVADOS LOS DERECHOS DE PROPIEDAD ARTÍSTICA Y LITERARIA ✻ INSÉRTESE Ó NO, NO SE DEVUELVE NINGÚN ORIGINAL

ESTABLECIMIENTO TIPOLITOGRAFICO EDITORIAL DE RAMON MOLINAS: PLAZA DE TETUAN, 50 - BARCELONA



P. Roig: INDOLENCIA